

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

*Te presento al Hidalgo Alonso Quijano y  
descubre cómo se convierte en el caballero  
don Quijote de la Mancha*

*En un pueblecito muy pequeño  
del Campo de Montiel, entre las  
actuales provincias de Ciudad  
Real y Albacete.*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no me acuerdo, no hace mucho tiempo que vivía un hidalgo que tenía una lanza, un antiguo escudo, un rocín flaco y un galgo corredor. Vivía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta años, una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo que realizaba diversos trabajos.

*Es un caballo  
para el trabajo  
en el campo,  
no para vivir  
grandes  
aventuras.*

*Perro de caza.*

La edad de nuestro hidalgo rondaba los cincuenta años; era de constitución fuerte, flaco de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. En los ratos que estaba ocioso —que era la mayor parte del año—, leía libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi del todo el ejercicio de la caza y hasta la administración de su hacienda. Tanto le gustaban, que llegó a vender parte de sus tierras para comprar estos libros. Con tanta lectura, el pobre caballero iba perdiendo el juicio, y se desvelaba por descifrar el sentido de sus palabras. En resolución, se enfrascó tanto en la lectura de estos libros, que se le pasaban las noches y los días leyendo; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de tal manera, que se volvió loco. Se le llenó la imaginación de todo aquello que leía en los libros: encantamientos, batallas, desafíos, heridas, amores, tormentas y disparates imposibles,

*En tiempos de  
Cervantes, el  
escudo se llamaba  
"adarga" y era  
de cuero.*

*En ellos se narraban las aventuras de los  
caballeros andantes.*

*¿Alguna vez te  
has "enganchado"  
tanto a un libro  
que has querido  
seguir leyendo más  
y más y más...?*

de tal modo, que creía que todas esas invenciones eran ciertas.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que consideró necesario hacerse caballero andante e ir por todo el mundo con sus armas y caballo en busca de aventuras, imitando todo lo que había leído que los caballeros hacían, deshaciendo agravios, y poniéndose en peligro para conseguir eterno nombre y fama.

Y así, con estos agradables pensamientos, lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos y que, llenas de moho, desde hacía siglos estaban olvidadas en un rincón. Las limpió y preparó lo mejor que pudo, pero vio que no tenían el casco propio de los caballeros, así que lo solucionó enseguida porque, con gran habilidad, hizo uno con cartones. Para probar si era fuerte y podría aguantar una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, pero con el primero deshizo lo que había hecho en una semana, así que volvió a hacerlo de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera, que quedó satisfecho con el resultado.

Fue luego a ver a su rocín y, aunque estaba muy enfermo y sólo tenía piel y huesos, a él le pareció que era mejor que el Bucéfalo de Alejandro y el Babioca del Cid. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría porque —según él creía— no era lógico que el caballo de un caballero tan famoso no tuviera un nombre conocido; y así, después de muchos nombres que pensó, borró, quitó, añadió, deshizo y volvió a hacer, vino a llamarle “Rocinante”, nombre, a su parecer, elegante, sonoro y significativo, pues era el mejor rocín del mundo.

*Ofensas, insultos.*

*Este casco se llamaba “celada”: cubría toda la cabeza y la nuca. Solía llevar visera para tapar la cara.*

*Tú también puedes ser un caballero andante: ¡atrévete a hacer tu disfraz!*



En realidad, un “quijote” era una pieza de la armadura que cubría el muslo... ¿no te parece un nombre ridículo para un famoso caballero?

Puesto nombre a su caballo, quiso ponérselo también a sí mismo, y, con este pensamiento estuvo otros ocho días. Como su apellido era “Quijano”, se vino a llamar “don Quijote de la Mancha”, con lo que, a su parecer, declaraba su linaje y honraba su patria.

Limpias, pues, sus armas, hecho su casco de cartón, puesto nombre a su rocín y a sí mismo, ya sólo le faltaba buscar una dama de quien enamorarse, porque un caballero andante sin amores es como un árbol sin hojas y un cuerpo sin alma. Y, así, se decía:

—Si yo venzo a algún gigante... ¿no sería lógico que este vaya a presentarse a mi dama, se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: “Yo, señora soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malandrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí como desee”?

Y después de mucho pensar recordó que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él estuvo enamorado, aunque ella jamás lo supo. Esta mujer se llamaba Aldonza Lorenzo. Le buscó un nombre apropiado que sonase a princesa y gran señora y decidió llamarla “Dulcinea del Toboso”, nombre musical y muy significativo, como todos los demás que ya había puesto.

El Toboso es un pueblo de la provincia de Toledo.

Don Quijote considera que su dama es su “señora” y él es su “vasallo”.

## CAPÍTULO II

### La primera salida: La graciosa manera que tuvo don Quijote de ser armado caballero

Hechos, pues, todos estos preparativos, no quiso esperar más tiempo a poner en práctica su pensamiento, y así, sin decir a nadie su intención y sin que nadie le viese, una mañana del mes de julio se armó con todas sus armas, subió sobre Rocinante, se puso su mal compuesto casco, embrazó su escudo, tomó su lanza y, por la puerta de un corral, salió al campo muy contento por ver con qué facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible que a punto estuvo de hacerle dejar la comenzada aventura; y fue que se dio cuenta de que no había sido armado caballero y que, conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía combatir con ningún caballero. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito, más pudiendo más su locura que otra razón, pensó que podría ser armado caballero por el primero con quien se encontrase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en sus libros.

Iba caminando nuestro flamante aventurero y hablando consigo mismo:

—¡Dichosa edad en que saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria futura! ¡Oh tú,

Patio trasero de las casas por donde se salía a un callejón o al campo.

sabio encantador, que escribirás mi historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todas mis aventuras!

Luego, decía como si verdaderamente estuviera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Compadeceos, señora, de este vuestro rendido corazón que tantas penas por vuestro amor padece.

Así iba ensartando otros disparates, imitando en cuanto podía el lenguaje de sus libros. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan aprisa y con tanto ardor, que le hubiera derretido los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin que le aconteciese cosa digna de mención. Al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre y, mirando a todas partes por ver si descubría algún castillo o algunos pastores que pudiesen remediar su necesidad, vio no lejos del camino por donde iba, una venta que fue como si viera una estrella. Se dio prisa y llegó a ella justo cuando anochecía.

Estaban por casualidad en la puerta de la venta dos mozas, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que pasaban allí la noche. Don Quijote creyó que aquella venta era un castillo con sus cuatro torres y tejados de luciente plata, su puente levadizo y su hondo foso. Fue llegando a la venta que a él le parecía castillo, y se detuvo esperando que se diera señal, con alguna trompeta, de la llegada del caballero al castillo. Pero como vio que tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se acercó a la puerta de la venta y vio a las dos mozas que allí estaban, y que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que en la puerta del castillo se entretenían. En esto, un

*Las ventas eran posadas que estaban en el campo, cerca de algún camino.*

*Los arrieros conducían animales de carga y viaje, por ejemplo, mulas.*

porquero que andaba recogiendo sus cerdos tocó un cuerno, y don Quijote se imaginó que era la señal de su venida y, con extraordinaria alegría, se acercó a la venta y a las mujeres, las cuales, al ver que se acercaba un hombre armado, muertas de miedo quisieron entrar; pero don Quijote, alzándose la visera, les dijo con mucha educación:

—No huyan vuestras mercedes, ni teman daño alguno, pues a la orden de caballería que profeso no toca hacerlo a ninguno, y mucho menos a tan altas doncellas.

Le miraban las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubría; pero como se oyeron llamar doncellas, no pudieron contener la risa, lo cual molestó a don Quijote.

En aquel momento salió el ventero, el cual, viendo aquella extraña figura, estuvo a punto de acompañar a las doncellas en su risa; pero, temiendo aquel cúmulo de armas, determinó hablarle con cortesía y, así, le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, excepto el lecho —que no hay ninguno—, todo lo demás lo encontrará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza —que tal le pareció a él el ventero y la venta—, respondió:

—Para mí, cualquier cosa basta.

Dijo luego al ventero que tuviese mucho cuidado con su caballo, porque era el mejor del mundo. Lo miró el ventero y no le pareció tan bueno como decía don Quijote; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que mandaba su huésped, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él. Aunque ya le habían quitado el peto y el espaldar, no

*El que cuida cerdos. Esta palabra deriva de "puerco".*

*¡¡Uf!! ¡¡Cómo habla don Quijote!! los otros personajes apenas le entienden.*

*Persona que tiene a su cargo la defensa de un castillo.*

*Son partes de la armadura: el "peto" protegía el pecho y el "espaldar", la espalda.*

podieron sacarle el casco, que traía atado con unas cintas verdes que era necesario cortar, porque estaban llenas de nudos. Pero él no lo quiso consentir de ninguna manera, y se quedó toda la noche con el casco puesto, formando la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar. Y, al ser desarmado por aquellas damas, dijo con mucha gracia:

*—Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido  
como fuera don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas cuidaban de él,  
princesas, de su rocino,*

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío.

Las mozas, que no estaban acostumbradas a este lenguaje, no respondieron palabra, sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquier cosa comería yo —respondió don Quijote—, pues me vendría muy bien.

Pusieron la mesa a la puerta de la venta, pues se estaba más fresco, y el ventero le trajo una porción de mal remojado y peor cocido bacalao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero daba risa verle comer, porque, como tenía puesto el casco, no podía meter nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba, y así, una de aquellas señoras le ayudaba. Pero no hubiera sido posible darle de beber si el ventero no hubiese horadado una caña para ponerle un lado en la boca, y por el otro echarle el vino.

Todo le parecía bien a don Quijote, pero lo que le angustiaba era no verse armado caballero, por parecerle

*¡Qué pintas!*

*Estos versos están  
basados en un  
famoso romance  
dedicado a  
Lanzarote, un  
caballero del rey  
Arturo.*

*Agujereado.*

que no se podría poner legítimamente en aventura sin recibir la orden de caballería. Y así, con esta preocupación, cuando acabó de cenar, llamó al ventero, se encerró con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él y le dijo:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que me otorgue un don que pedirle quiero.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacer ni qué decir. Insistió en que don Quijote se levantara, pero este no quería, hasta que le dijo que le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de vuestra grandeza, señor mío —respondió don Quijote— y así, os digo que el don que os pido es que mañana sin falta me habéis de armar caballero y esta noche, en la capilla de este vuestro castillo, velaré las armas, y así mañana podré ir ya por todo el mundo en busca de aventuras en favor de los humildes y menesterosos.

El ventero, que era un poco socarrón y ya sospechaba algo de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando le oyó semejantes palabras; y para reír aquella noche, determinó seguirle la corriente. Así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que él mismo, en sus años mozos, se había dedicado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras. Le dijo también que no había capilla en su castillo, pero que podía velar las armas en un patio y que, a la mañana siguiente, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero. Le preguntó si traía dinero; don Quijote respondió que no llevaba nada porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes

*En la cuadra, donde  
están los caballos.*

*Los que necesitan  
ayuda.*

*Una cajita con pomadas o bálsamos.*

que ninguno lo hubiese llevado. A esto explicó el ventero que se engañaba, pues todos los caballeros andantes llevaban las bolsas bien repletas por lo que pudiera suceder y que, además, llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían. Don Quijote prometió hacer lo que le aconsejaba; luego se decidió que velase las armas en un corral grande de la venta y don Quijote, recogiénolas todas, las puso en una pila que estaba junto a un pozo y, tomando su lanza, comenzó a pasear delante de ellas.

El ventero contó a cuantos estaban en la venta la locura de su huésped y todos quedaron admirados y fueron a observarle desde lejos.

En esto, uno de los arrieros que estaban en la venta quiso dar de beber a sus mulas y tuvo que quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; pero este, al verle, le dijo en voz alta:

—¡Eh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que tocas las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces y no las toques, si no quieres perder la vida.

No hizo caso el arriero de estas amenazas sino que, cogiendo las armas por las correas, las arrojó muy lejos. Cuando don Quijote lo vio, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento en su señora Dulcinea, dijo:

—Ayudadme, señora mía, en mi primer combate; no me falte vuestro favor y amparo.

Y nada más decir esto, soltando el escudo, alzó la lanza con las dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo malherido. Luego recogió sus armas y volvió a pasearse con el mismo reposo que al principio. Al poco rato, vino otro con la misma intención de dar agua a sus mulas y volvió a quitar las armas de la pila; don Quijote, sin hablar

*Cada vez que don Quijote inicia un combate, se encomienda a su dama, es decir, le pide, simbólicamente, su protección.*

palabra ni encomendarse a nadie, alzó la lanza y dio tres golpes en la cabeza del segundo arriero. Al ruido, acudió la gente de la venta y, entre ellos, el ventero. Don Quijote, con el escudo en un brazo y puesta la mano en su espada dijo:

—¡Oh señora de la hermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Vuelve tu ojos a este tu cautivo caballero, que tan gran aventura está esperando.

Con esto cobró tanto ánimo, que si le hubieran acometido todos los arrieros del mundo, no habría vuelto el pie atrás. Los compañeros de los heridos comenzaron a tirar piedras contra don Quijote, el cual se defendía como podía con su escudo.

El ventero gritaba que le dejaran, que ya les había dicho que estaba loco. Don Quijote también daba voces llamándoles traidores, y diciendo que el señor del castillo era un cobarde y un mal nacido caballero pues consentía que se tratasen así a los caballeros andantes. Y gritaba:

—¡Venid y ofendedme cuanto podáis, que veréis el pago que llevaréis por vuestro agravio!

Decía esto con tanto brío, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así le dejaron de tirar piedras, y él volvió al cuidado de sus armas con la misma quietud y sosiego que al principio.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y decidió concederle cuanto antes la orden de caballería antes de que sucediese otra desgracia. Y así, acercándose a él, se disculpó por la insolencia de aquella gente y le prometió que ya serían castigados por su atrevimiento. Le dijo que le daría enseguida la pescozada y el espaldarazo, y con ello quedaría armado caballero y que ya había cumplido con la vela de las armas, pues sólo eran necesarias dos horas y él había estado más de cuatro.

*Agredido, atacado.*

*En la ceremonia para ser armado caballero, el padrino daba unos golpecitos, en la nuca del aspirante ("pescozada") y en cada hombro ("espaldarazo").*

Todo se lo creyó don Quijote y le dijo que lo hiciera lo antes posible porque, si fuese otra vez atacado después de haber sido armado caballero, no dejaría persona viva en el castillo, excepto las que él le ordenase.

Asustado, el ventero trajo un libro y, con un cabo de vela que le acercó un muchacho y con las dos doncellas, se vino adonde estaba don Quijote; le mandó que se hincara de rodillas, y leyendo en el libro, haciendo como que decía alguna devota oración, alzó la mano y le dio sobre el cuello un buen golpe, y después, con su misma espada, un espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como si rezara. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura, intentando no reventar de risa. Hechas, pues, a toda prisa estas ceremonias, no veía la hora don Quijote de subirse en su caballo y salir en busca de aventuras. Y así, nuestro caballero ensilló a Rocinante, subió en él, abrazó a su huésped, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, y le dijo cosas tan extrañas que no es posible acertar a repetir las. El ventero, por verle ya fuera de la venta, respondió a sus palabras y, sin pedirle los gastos de la posada, le dejó ir.



*La espada y las espuelas eran los símbolos del caballero.*

*Las correas que sujetan la silla de montar.*

### CAPÍTULO III

## Don Quijote "salva" al joven Andrés

Estaba amaneciendo cuando don Quijote salió de la venta, tan contento y tan gallardo por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas de su caballo. Pero, recordando los consejos del ventero acerca de los dineros y de las camisas, decidió volver a su casa y proveerse de todo ello y también de un escudero, pensando en tomar como tal a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para este oficio. Con este pensamiento, guio a Rocinante hacia su aldea, el cual comenzó a caminar con tanta gana, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que, a su derecha, de la espesura de un bosque que allí había, salían unas voces delicadas, como de una persona que se quejara y, apenas las hubo oído, cuando dijo:

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan pronto me pone ocasiones donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión. Estas voces son, sin duda, de algún menesteroso o menesterosa que necesita de mi favor y ayuda.

Y volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y a los pocos pasos, vio una yegua atada a una encina y, atado a otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo

*Regalo, favor.*